

Luzbel, hasta que he visto con mis propios ojos el orgullo insensato de Proudhon : la ceguera humana casi ha dejado de ser un misterio, á vista de la ceguera incurable y sobrenatural de las clases acomodadas. En cuanto al dogma de la perversión ingénita de la naturaleza humana y de su inclinación hácia el mal, ¿quién la pondrá hoy en duda, si pone los ojos en las falanges socialistas?

Tiempo es ya de poner término á esta carta, que no exige contestación, no siendo, como no es, sino el desahogo de un hombre ocioso, dirigido á un hombre ocupado. Cuando tenga el gusto de ver á V., nos ocuparemos más detenidamente de estos grandes problemas : entonces tendré el placer de recoger de manos de V., la colección de sus elocuentísimos discursos, don precioso para quien como yo estima el noble carácter de V. y admira la elevación de su esclarecido talento.

Entretanto, queda de V. su atento, seguro servidor Q. B. S. M.

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

SEÑOR CONDE DE MONTALEMBERT.

Paris, 1.º de junio de 1849.

SEÑOR MARQUÉS: Doy á V. un millón de gracias por la carta que se ha servido escribirme con fecha 26 del pasado mayo, y que ha escitado hasta el más alto punto mi simpatía y mi interés.

Del propio modo que lo hizo V., en su admirable discurso de este invierno, veo que siempre se va al fondo de las cosas, y que despues de haber sondado los abismos, sabe V. elevarse con el pensamiento á una altura donde nadie habia subido antes de V.

A gran dicha tengo estar de acuerdo con V. en todo ó casi todo. Creo, como V., que efectivamente la civilización filosófica representa *el mal sin ninguna mezcla de bien*. Pero no tan absolutamente admito que la civilización católica (la cual no ha sido instituida directamente por Dios, como la Iglesia), contenga *el bien sin mezcla alguna de mal*: porque los hombres mezclan siempre el mal en todo lo que ellos hacen.

Por otra parte, ¿cuál época señalaremos, como la en que haya existido la civilización, ó sea la sociedad católica por excelencia? Para mí, es indudable que esta época fué la edad media en el periodo desde el siglo VIII hasta el XIV; pero no es menos evidente que aquella civilización ha experimentado alteración en su *forma* y en su *fuerza*, antes de ser vencida y reemplazada por el racionalismo de-

mocrático. La Francia de San Luis no se parece por cierto á la Francia de Luis XIV, sin embargo de ser ambas católicas; así como la España de San Fernando no ha sido ciertamente idéntica á la España de Felipe V.

Pero ya discutiremos estos puntos secundarios, cuando tengamos el gusto de vernos. Entretanto, permítame V. pedirle en nombre de los redactores del *Univers*, á quienes he comunicado su carta, la autorizacion para publicarla en aquel periódico, ya sea con la firma de V. (que es lo que más estimarian aquellos) ya como un remitido anónimo. Mientras de su amabilidad obtengo este favor, con el mayor placer me repito su atento, respetuoso y seguro servidor.

EL CONDE DE MONTALEMBERT.

SEÑOR MARQUES DE VALDEGAMAS.

Berlin, 4 de junio de 1849.

SEÑOR CONDE: Acabo de recibir hoy mismo la muy apreciable de V. del 4.º de junio en contestacion á la que tuve la honra de escribirle en 26 de mayo. La conformidad de nuestras ideas es una de las cosas que más podian lisonjearme, y que más me lisonjean. La amistad y la simpatía de V. son cosas de inestimable valor, y yo sé apreciarlas en todo lo que valen.

Nuestra conformidad va más allá, y es más absoluta de lo que á V. le parece. La civilizacion católica puede ser considerada de dos maneras diferentes: ó en sí misma, como un cierto conjunto de principios religiosos y sociales; ó en su realidad histórica, en la cual esos principios se combinan con la libertad humana. Considerada bajo el primer punto de vista, la civilizacion católica es perfecta: considerada bajo el segundo punto de vista, la civilizacion católica, en su desarrollo en el tiempo y en su estension en el espacio, se ha sujetado á las imperfecciones y á las vicisitudes de todo lo que se estiende en el espacio y se prolonga en el tiempo. En mi carta no consideré yo esa civilizacion sino bajo el primer punto de vista. Considerándola ahora bajo su punto de vista segundo, es decir en su realidad histórica, diré que habiendo nacido sus imperfecciones únicamente de su combinacion con la libertad

humana, el verdadero progreso hubiera consistido en sujetar el elemento humano, que la corrompe, al divino, que la depura. La sociedad ha seguido un rumbo diferente: dando por fenecido el imperio de la fé, y proclamando la independencia de la razón y de la voluntad del hombre, ha convertido el mal que era relativo, excepcional y contingente, en absoluto, universal y necesario. Este período de rápido retroceso comenzó en Europa con la restauración del paganismo literario, la cual produjo, unas después de otras, las restauraciones del paganismo filosófico, del paganismo religioso y del paganismo político. Hoy el mundo está en vísperas de la última de estas restauraciones; la restauración del paganismo socialista.

La historia está ya en estado de formular su juicio acerca de esas dos grandes civilizaciones, de las cuales la una consiste en conformar la razón y la voluntad del hombre al elemento divino; y la otra en dejar á un lado el elemento divino, y en proclamar la independencia y la soberanía del elemento humano. El siglo de oro de la civilización católica; es decir, el siglo en que la razón y la voluntad del hombre se conformaron con una conformidad menos imperfecta al elemento divino, ó lo que es lo mismo, al elemento católico, fué sin duda ninguna el siglo *xiv*: así como el siglo de hierro de la civilización filosófica, es decir, el siglo en que la razón y la voluntad del hombre han llegado al apogeo de su independencia y de su soberanía, es sin duda el siglo *xix*.

Por lo demás, ese gran retroceso estaba en la ley, sabia á un mismo tiempo y misteriosa, con que Dios dirige y gobierna al género humano. Si la civilización católica hubiera seguido en un progreso continuo, la tierra hubiera llegado á ser el paraíso del hombre: y Dios ha querido que la tierra sea un valle de lágrimas: Dios hubiera sido socialista: ¿qué hubiera sido entonces Proudhon? Cada uno está bien en donde está: Dios en el cielo, y Proudhon en la tierra: Proudhon buscando siempre, sin encontrarle jamás, un paraíso en un valle de lágrimas; y Dios poniendo ese gran valle entre dos grandes paraísos, para que el hombre estuviera entre una gran esperanza y un gran recuerdo.

Viniendo ahora al deseo que V. me manifiesta, en nombre de

los redactores del *Univers*, de que se publique mi carta, debo decir á V., que en otros tiempos hubiera tenido en ello un gran inconveniente; pero que hoy día no tengo inconveniente ninguno. Yo he tenido el fanatismo literario, el fanatismo de la expresión, el fanatismo de la belleza en las formas; y las formas de una carta particular no son ni literarias ni bellas: pero este fanatismo pasó: hoy día más bien desprecio que admiro ese talento, que es una enfermedad nerviosa, más bien que un talento del alma.

Cuando tenga el gusto de ver á V., hablaremos más largamente de todos estos asuntos: para una carta bastan estas ligeras indicaciones.

Entretanto queda de V. su atento S. S. Q. B. S. M.

EL MARQUESS DE VALDEGAMAS.

SEÑOR CONDE DE MONTALEMBERT.